

PANEGIRICO DE GEORGILIO MELLA CHAVIER

Por Dr. Manuel de Js. Goico Castro

Estamos aquí con una doble misión: la de hablar como amigo, admirador y colega de Georgilio Mella Chavier y la de representar a la Academia Dominicana de la Historia, de cuya institución era Miembro Correspondiente. Constituye este acto un duelo para la historia, la poesía y el ensayo en las letras nacionales.

Era Georgilio Mella Chavier un cabal hombre de letras. Era su pensamiento radiante, profundo y sabio. Diáfano era su corazón y su alma cristiana. Su docta pluma siempre estuvo al servicio de los más altos intereses de la Patria.

Sano, noble y generoso orientador de la juventud dominicana, de aquella juventud que tuvo el orgullo de recibir de sus labios el mensaje de sus enseñanzas en las Universidades Central del Este, la Nacional Pedro Henríquez Ureña, en el Colegio de La Salle y en la Facultad de Educación del Seminario Santo Tomás, en las dos últimas décadas.

Prodigó a sus discípulos los tesoros de su sabiduría. Fue esencialmente bueno y extremadamente culto. Sirvió cátedras de Historia, Literatura, Antropología y Periodismo. Su obra *Lecturas Básicas para la Historia*, en dos tomos, revela que su autoridad profesional enmarca los más altos niveles de la docencia universitaria.

Cuando se estudie a plenitud en la historia de la literatura dominicana la contextura del pensamiento de Georgilio Mella Chavier y se pondere con sano análisis crítico la prosa



castiza y sobria que enaltece su estilo de señorial belleza literaria, quedará evidenciado que sus novelas históricas *Memorias del Guabatico*, publicada por la Universidad Central del Este en 1981 y *Vicente y la Soledad*, de la Colección Literaria del Premio Siboney, publicada en 1982, son libros hermosamente escritos que contribuyen a esclarecer nuestro pasado. La profundidad de esas producciones denotan que fueron forjadas por una pluma experta, inspirada con esa noble pasión patriótica que trasmite a los frutos del pensamiento permanente vigencia y conquista al autor el laudo favorable de la posteridad. “Toda obra histórica efectiva lleva en sí un elemento artístico”, ha proclamado Ernest Cassirer.

Poseía Mella Chavier ese don divino que Quintiliano denominó “la santidad del estilo”, que es acaso el mágico acierto de lograr la exactitud en la expresión y la pulcritud y alteza en los conceptos.

“El año ha perdido la primavera”, exclamó Pericles en aquella conmovedora oración fúnebre en elogio de los jóvenes muertos por la patria ateniense. Ahora glosando ese pensamiento pudiéramos decir que la muerte de Mella Chavier, como bien definido portavoz de su época, nos priva de uno de los más certeros intérpretes de la vida y de la acción heroica de muchos próceres de Los Llanos, del Seibo, de Higüey y de Bayaguana que forjaron la primera República, llámense Vicente Celestino Duarte, Pedro Santana, Antonio de Sosa, Bernabé Sandoval, el Padre Pedro Carrasco Capeller, Juan Ramírez y otros valientes soldados de la patria.

En *Memorias del Guabatico*, la prosa de Mella Chavier cobra tal realismo, adquiere tono poético tan emocional, luce tal maestría en el diálogo, que convierte la obra de fuerte colorido, en fabulosa novela histórica donde el paisaje de la sabana es también un personaje.

Con el impecable estilo con que hacen alarde los grandes maestro, en el liminar del libro afirma que “en el Guabatico, hay hermosos recuerdos que abarcan más de dos centurias...” “Hay una abundosa serie de hechos, todos de realidad histórica, de los cuales hemos tomado, —dice el autor—, cuando aquí narramos como memorias de un pedazo de tierra que



fue amado y admirado a un mismo tiempo por Duarte y por Santana”.

En una semblanza viva, como si flotara por encima del horizonte, aparece Marie Louis Ferrand a la cabeza de un desfile de dragones, erguido sobre Cervo, su hermoso caballo... “Tenía algo de respetable y de juvenil” y su marcial silueta “lo hacía interesante a los ojos de las mujeres”, mientras Cervo enarca su cuello en aquel paseo demasiado lento por la calle Real de Los Llanos.

Además de Ferrand y de su soberbio potro, que pisa la llanura sembrada de esmeraldas, en la escena del paisaje, avisora que “de los alrededores llegaba un suave perfume de jazmines. El frescor de la noche venía en soplos húmedos, del norte, cargado de los aromas de la tierra”.

Vicente y la Soledad, aporta a la literatura dominicana los relatos más verídicos de la epopeya nacional en la región del Este. Mella Chavier tuvo el privilegio de recibir de labios de viejos robles de la región, venerables ancianos como Clemente Sosa, el heroísmo y la intrepidez de aquellos centauros de la libertad que enarbolaron la bandera sacrosanta de la cruz, después de haber vencido al invasor del occidente en la madrugada del Seibo, en la tarde heroica de Los Llanos y cuando gritando ¡Viva la República!, cruzaron el Ozama para sumar las fuerzas de sus brazos, el filo de sus espadas y la pólvora de sus trabucos a la legión sagrada de los Trinitarios en la puerta del Conde para incitarlos a proclamar y a sostener la República.

Exalta a Santana, y como si levantara al Libertador el pedestal de una estatua, proclama: “el General aupado por el instinto de sus amigos, había dirigido a los semidioses de Azua, a los centauros del Seibo y de Los Llanos y a los lanceiros de la leyenda higüeyana”.

“*Versos de la Sabana*” es un cofre de quince sonetos, en oblación al paisaje de Los Llanos. La poesía ilumina azules horizontes como las campiñas romanas cantadas por Virgilio y dilatadas y épicas llanuras como las de *Junín* glorificadas en el poema de Olmedo.

Mella Chavier se identifica con el verso de Rubén Darío: “Si pequeña es la patria uno grande la sueña”. El Homero de Los Llanos, el biógrafo y el historiador que supo manejar



la pluma de Suetonio y crear otros doce Césares, se embriaga de emoción ante el paisaje y capta los destellos que vuelan como mariposas entre el cielo y la tierra, en el mural infinito del horizonte.

*“Una lágrima azul al horizonte
acaricia los párpados del día
y un encaje de rústica armonía
se encrespa en el verdor del leve monte”.*

*“Huele la soledad de la sabana
a flor de sol y blanca epifanía.*

Mella Chavier interpreta el paisaje ante el desfile de “los potros de los vientos” y “la luz del tiempo tímido que avanza”.

Potros épicos con crines al viento, cuyos cascos veloces despiertan el estruendo de una *sinfonía heroica*, en el *piano lejano* de la llanura. *Jinetes* ebrios de patriotismo, en estribos rutilantes, que cabalgan como guiados por el destino para penetrar en el libro de la historia.

Otras obras de Mella Chavier que enriquecen la bibliografía dominicana son *Un Análisis histórico*, publicado por el Instituto de Promoción Social en 1968. Su narración histórica *Laudín*, galardonada con el Primer Premio de Prosa en los juegos Florales Hispano-Dominicanos de la Casa de España en 1975 le conquistó un sólido pedestal como escritor ante la atención pública nacional, al igual que *El Testimonio de Clemente Sosa*, confidencias y evocaciones de un anciano de Los Llanos que conoció en sus mocedades a Pedro Santana, Vicente Celestino Duarte, Antonio de Sosa y Díaz, Pedro Gautreaux Guirado, Antonio de Frías, y a otros personajes del proceso heroico de la Independencia en la región oriental. Divulgó Mella Chavier esas originales confesiones en el Boletín del Instituto Duarte, con gran fidelidad y como una valiosa aportación al esclarecimiento de la verdad histórica. Es un privilegio ser intérprete de la epopeya libertadora de una región. Es una especie de hazaña que hace vibrar el sentimiento y forja una aureola que ennoblece y perpetúa el nombre de tan prestigioso escritor oriental.



La singular prestancia de este Maestro de varias generaciones será evocada con los más puros sentimientos de admiración y de cariño, porque fue un ser excepcional que sembró la simiente del amor en el corazón de todos cuando gozamos del encanto de su amistad, pudimos leer en su corazón toda la grandeza de su alma cristiana y nos fue posible disfrutar del tesoro de su palabra orientadora, rebose de sabiduría.

¡Maestro, hermano, colega, compatriota, hasta luego!

Cementerio Máximo Gómez,
11 de enero de 1988
Santo Domingo, R. D.

